



DON VETILIO

Por Carlos Dobal

En el campo del cultivo de la Historia Dominicana, el país ha contado en distintas épocas, con grandes maestros, con docentes distinguidos y con modestos estudiosos cuyo mayor mérito es la vocación y la laboriosidad. Los que nos encontramos en este último grupo, miramos a los primeros con la admiración, el respeto y el agradecimiento que merecen. Nosotros, los pequeños, nos hemos formado gracias a las obras escritas y a las orientaciones de los grandes. Y a ellos les debemos lealtad, agradecimiento y afecto.

Por todo lo expuesto, el tránsito de don Vetilio a la gloria eterna —dimensión que ya había comenzado a disfrutar él en este mundo, en que lo rodeaba el halo de gloriosa admiración que se ganan solamente los elegidos— nos ha dejado una profunda desolación. No hay un ápice de exageración en ello. Con don Vetilio, la más difícil investigación histórica se facilitaba extraordinariamente, porque él ponía a la disposición de cuantos fueron, fuimos y somos sus discípulos, el caudal extra-

ordinario de los datos que atesoraba su memoria privilegiada, que funcionaba con la precisión de un mecanismo electrónico.

La partida de don Vetilio es verdaderamente una pérdida irreparable para cuantos nos dedicamos a la investigación seria de la Historia Dominicana. En este momento, siendo la tremenda verdad de esta frase tan usual y que en este caso particular, es tan real...

Nosotros conocimos a don Vetilio, por correspondencia, hace 40 años. Eramos estudiantes del bachillerato de letras en el Colegio de la Salle, en La Habana.

Conocedores de la secular vinculación de nuestra familia a la isla de Santo Domingo, la dirección del plantel nos encargó entonces, una semblanza del generalísimo Máximo Gómez, dominicano libertador de Cuba, deudo próximo de nuestra abuela, por la línea banileja de los Guerrero. Esta circunstancia motivó que nuestra curiosidad nos llevara a solicitar de la Embajada Dominicana en La Habana, el nombre de algún historiador que nos ilustrara sobre la vida dominicana del insigne prócer. Su vida cubana ya la conocíamos por datos de nuestro abuelo el doctor Pedro Pablo Dobal, buen amigo del general Gómez y de su biógrafo cubano, el doctor Benigno Sousa, médico y amigo de nuestra familia desde siempre.

La Embajada Dominicana nos orientó dándonos la dirección de don Vetilio Alfau Durán.

De esta particular correspondencia surgió nuestro entusiasmo por la investigación de la Historia Dominicana, que hemos cultivado, con modestia pero con tesón, durante toda nuestra vida, prácticamente desde la niñez; pues con el entusiasmo que nos proporcionara entonces la lectura de las obras del padre Nouel, de Delmonte y Tejada y del historiador Gabriel García — que nos recomendara don Vetilio fundamos en el Colegio de la Salle, con un grupo de compañeros de origen



dominicano, un círculo de estudios históricos al que bautizamos, con mucha ingenuidad y atrevimiento, con el nombre de un dominicano ilustre, nacido en Santiago de los Caballeros, que fue el primer historiógrafo de Cuba: el Obispo de La Habana, José Agustín Morel de Santa Cruz.

Don Vetilio recordaba siempre este primer contacto epistolar que nos unió; y quizás por esto, fue siempre tan benévolo con nuestras pobres inquietudes a las que consideró de interés, seguramente por la sola razón de su sincero entusiasmo de maéstro que sigue los esfuerzos de un discípulo tenaz.

El pasado día 9 de marzo, a las once de la mañana, supimos por el periódico del repentino fallecimiento de don Vetilio. La noticia inesperada nos conmovió muy hondamente. Vinieron a nuestra memoria sus primeras orientaciones y también las últimas, el día en que por vez postrera lo visitamos.

Siempre tuvo don Vetilio para nosotros una palabra alentadora y orientadora.

Era don Vetilio, en su infinita humildad, un maestro de maestros. Al extremo de que, cada vez que le hemos consultado algo al más prolífico, sabio y erudito de nuestros historiógrafos siempre nos ha dicho: “mire Do-bal, eso es así... pero déjeme ver si Vetilio sabe algo más”.

